

www.elboomeran.com/

DORIAN ASTOR

NIETZSCHE

LA ZOZOBRA DEL PRESENTE

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JORDI BAYOD

BARCELONA 2018



A CANTILADO

www.elboomeran.com/

TÍTULO ORIGINAL *Nietzsche. La détresse du présent*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Éditions Gallimard
© de la traducción, 2018 by Jordi Bayod Brau
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Ménade danzante* (s. IV a. C.), de Escopas

ISBN: 978-84-17346-23-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 21 536-2018

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	7
----------------	---

PRIMERA PARTE INTEMPESTIVIDAD

I. El conocimiento místico	15
II. El sentido histórico	56
III. La educación	102

SEGUNDA PARTE MODERNIDAD

IV. La zozobra de los modernos	161
v. La razón, el sujeto y la voluntad de poder	196
VI. Las «ideas modernas»	251

TERCERA PARTE ETERNIDAD

VII. El eterno último hombre	339
VIII. Gran política y gran salud	409
IX. Micropolítica de la eternidad	465

<i>Referencias bibliográficas y lista de abreviaturas</i>	563
<i>Índice de nombres</i>	567

Habría pues una receta contra las filosofías pesimistas y la excesiva sensibilidad que me parece ser la auténtica «zozobra del presente»; pero esta receta quizá suene ya demasiado cruel, y se la contaría entre los síntomas que justifican que ahora se juzgue así: «la existencia es algo malo». ¡Pues bien! La receta contra «la zozobra» es: *zozobra*.

NIETZSCHE,
La gaya ciencia, § 48

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

PRÓLOGO

¿Hasta dónde llega, hoy en día, nuestra capacidad de oír lo que dice Nietzsche? ¿Hasta qué punto podemos y queremos oírlo? Esta pregunta es casi el objeto único del presente libro, que por lo tanto no va a limitarse a un mero comentario explicativo de la filosofía de Nietzsche. Nietzsche se explica muy bien solo, cuando se explica. Se trata más bien de medir, entre sus textos y nuestra lectura, hasta dónde alcanzan su capacidad de decir y nuestra voluntad de leer, su voluntad de ser oído y nuestra capacidad de oír.

La lectura de Nietzsche plantea una doble exigencia, que es la de toda práctica filosófica: la de un arte de leer, ligado indefectiblemente a un arte de conocerse a sí mismo. Así pues, leer a Nietzsche es al mismo tiempo interpelarnos a nosotros mismos como lectores, evaluar lo que somos, es decir, el valor de lo que podemos y queremos. Ahora bien, por un azar no tan feliz como inquietante, este interpelarnos a nosotros mismos es sólo una duplicación de la interpelación de Nietzsche a sus propios lectores. No hay que ver ahí el efecto mágico de una fusión entre el «círculo hermenéutico» del autor y el del lector, y menos aún el efecto soñado de la eterna identidad del hombre consigo mismo (de hecho, Nietzsche se daba perfecta cuenta de que sus lectores no existían todavía, y acaso nosotros como lectores vivimos tan sólo del crédito que nos atribuimos), sino más bien la conclusión, tras la lectura, de que, cuando interpela a sus lectores, Nietzsche nos interpela todavía hoy a nosotros. No lo hace desde un punto de vista trascendental, sino histórico; ni en virtud de una esencia, sino por la fuerza de una genealogía. A buen seguro, en más de un siglo hemos cambiado, pero aquello a lo que interpela Nietzsche cuando inter-

pela al lector no ha cambiado aún de manera fundamental en nosotros como lectores.

Se trata, por consiguiente, de buscar unos límites, es decir, unas líneas a la vez de participación y de exclusión, y de poner a prueba su grado de flexibilidad y de resistencia. Este trabajo no es, pues, monográfico en el sentido en que toda monografía es siempre monológica. Los límites se sitúan por lo tanto en el contorno, nunca en el centro. Tampoco es un encuentro dialógico con Nietzsche, inducido por el fantasma de una comunicación transparente con su obra, de una supresión de fronteras que permitiría el tránsito fluido de un lado a otro. Leer a Nietzsche es más bien enfrentarse a la dinámica de las interferencias y a la inercia de las opacidades, a los objetos de escándalo y de litigio, a las fuerzas de atracción y de repulsión que definen toda una economía de los síes y de los noes. Este libro querría proponer una práctica de lectura como física de los choques, como cálculo de las elasticidades y de las resistencias, de las impermeabilidades y de las porosidades que definen los grados variables de un poder y de un querer.

Entre los lectores de este libro habrá quienes no han dejado de leer a Nietzsche. A ellos querría decirles que volver una vez más, o una infinidad de veces más, a la lectura de sus textos no será vano en absoluto, como tampoco lo será conceder un poco de tiempo a un comentario más, por muy precaria que sea su utilidad, entre la cantidad casi irritante de literatura secundaria. Una lectura, aunque sea de las fuentes primarias, es siempre secundaria, es siempre un retorno solicitado por la fuerza reiterativa de los textos mismos. Y las lecturas se vuelven cada vez más lentas a medida que se repiten; es casi la ley musical de su repetición. *Lento y da capo*: una doble exigencia de Nietzsche a los descifradores *a prima vista*, escuela de paciencia más aún que de sospecha, único medio para superar la irritación de la cantidad y para medir las velocidades de un pensamiento. Por lo tanto, un comen-

tario más significa atestiguar la necesidad de esta ley y a la vez someterse a la prueba de aquello que es siempre susceptible de *diferir* en el seno de la repetición. Hablar de una interpretación «inédita» de un filósofo es un absurdo impuesto por la mala conciencia del volver a empezar: este libro vuelve a empezar, y no cuenta sino con la diferencia—también *el matiz*—que la reiteración solicita. El intérprete importante se distingue de los demás no por lo inédito, sino por el *optimum* de diferencia que suscita en lo que repite.

Por otra parte, están quienes siempre han acabado ya con Nietzsche: quienes están convencidos de saber por qué no son nietzscheanos, y quienes se esfuerzan por serlo; quienes han dado una pequeña o gran vuelta, y después se van; también, quienes no han puesto nunca un pie en el tiovivo vertiginoso en el que gira la filosofía de Nietzsche, y aun quienes han regresado a ella o se han desviado de ella hasta la náusea. Los argumentos para haber acabado de una vez con Nietzsche son numerosos: porque ha dicho demasiado, porque se ha dicho demasiado sobre él, y porque hay mucho que criticar sobre este doble exceso. Su decir demasiado es a la vez cuantitativo e intensivo: exagerar e insistir, ir demasiado lejos y hurgar en la herida, como suele decirse. No cabe duda de que leer a Nietzsche es doloroso. Es su manera de discriminar, de seleccionar, de separar. Hay siempre un fondo de sufrimiento en el conocimiento, de imposición en la libertad, de crueldad en la alegría. Y a veces los remedios parecen venenos. Apuesta arriesgada la de Nietzsche, que, al interpelar a su lector, no podía ejercer ningún control póstumo sobre lo que se llama su «recepción», término inadecuado (como si se tratara de un asunto de comunicación) para designar a nuevos remitentes y a desestimados. «No he poseído jamás el arte de prevenir en contra de mí»: ¹ a este defecto debe necesariamente corresponder el arte de no estar prevenido en

¹ EH, «Prólogo», § 1, y «Por qué soy tan sabio», § 4.

contra de él (prevención en el doble sentido de prejuicio y de profilaxis).

¿Hasta qué punto podemos, hasta qué punto queremos oír, todavía hoy, lo que dice Nietzsche? ¿En qué momentos se dice algo excesivo, que desborda nuestra capacidad y nuestra voluntad?

Nietzsche llama *hombre moderno* al tipo de hombre al cual interpela y cuya capacidad y voluntad interroga. Cuando dice «nosotros», precisa: «nosotros, los modernos». Repetir la interpelación de Nietzsche obliga a reducir el privilegio de nuestra «postmodernidad», como Nietzsche redujo el de la «modernidad», bajo el doble peso de la lentitud de la historia y de la repetición del devenir. Como método, postular que no hay nada nuevo bajo el sol, que ciento cincuenta años son poca cosa y que no hemos acabado con la zozobra del presente experimentada (sentida y sometida a prueba) por Nietzsche y su filosofía. No es éste el menor de los escándalos del ejercicio nietzscheano, ni tampoco la menor flaqueza del nuestro. La zozobra de Nietzsche, que es el *primum mobile* del camino iniciático de su obra, produce zozobra en nuestra actualidad, en nuestra modernidad, en nuestra digestión del pasado, en nuestra aprehensión del presente y en nuestra voluntad de futuro. Sufrimos una apremiante falta de paciencia. Sin ella, careceremos de filología, de probidad y de justicia. Así pues, este libro interpela al «hombre moderno» en nosotros. En este sentido, es *político*. Reafirma que la modernidad es un proyecto inacabado porque Nietzsche nos interpela a nosotros como a un problema no superado *en tanto que somos sujetos de razón y de derecho, demócratas y ciudadanos de democracias liberales*; como tales, nos enfrentamos, interpelados por su interpelación, a lo más inaudible, y por ello sentimos zozobra.

Una última palabra, sin embargo, que servirá también de memento a mi propio trabajo. A quienes querrían endurecer a Nietzsche hay que recordarles su ductilidad: «A par-

tir de aquí, que otra clase de espíritu distinto al mío sea libre para proseguir. No soy lo bastante limitado para un sistema, ni siquiera para *mi* sistema...».¹ A quienes querrían suavizarlo hay que recordarles su dureza: «¡Espere sólo un poco, muy venerada amiga! Le proporcionaré aún la prueba de que “*Nietzsche est toujours haïssable*” [Nietzsche continúa siendo *odioso*]».²

Berlín, septiembre de 2014

¹ FP 10 [146], otoño de 1887.

² Carta a Malwida von Meysenbug, 5 de noviembre de 1888, en: *Correspondencia*, VI, p. 282.

www.elboomeran.com/

PRIMERA PARTE
INTEMPESTIVIDAD

Mi *estilo* anterior: perspectivas amplias, muchas cosas encubiertas, misteriosas, maravillosas. Fogonazos sobre los hechos, a modo de supuestas aclaraciones de tales misterios. Creencia básica: el ser no es comunicable, las revelaciones las produce un estado de ánimo elevado pleno de presentimientos. La objetividad *menoscaba* dicha comprensión. Se alternan la calma contemplativa y el recuerdo de lo terrible y lo ansioso.

Fragmentos póstumos, invierno de 1880-1881
[trad. Manuel Barrios y Jaime Aspiunza].

I

EL CONOCIMIENTO MISTÉRICO

El nacimiento de la tragedia es «un libro imposible»,¹ Nietzsche lo sabía. Cuando en 1886 decide añadir, a manera de nuevo prefacio, un «Ensayo de autocrítica» a la obra de 1872, lo hace para reconocer, más allá de defectos estilísticos y lógicos, que su dificultad de acceso es consecuencia de su carácter *iniciático*: el libro de un iniciado para iniciados que, por eso mismo, lastra toda posibilidad de comprensión al modo usual. Nietzsche no dejará nunca de preocuparse por la cuestión de su incomunicabilidad, sea para reivindicarla, sea para temerla, según el estado de sus fuerzas. Siendo por aquel entonces joven profesor de filología en Basilea, avezado ya en los códigos universitarios, y acostumbrado a la aridez de las investigaciones minuciosas, en *El nacimiento de la tragedia* arroja con plena consciencia una piedra en el estanque que le enajena casi de inmediato el reconocimiento de sus pares. Si se trata de un libro para iniciados, no se dirige a los instalados en la torre de marfil de la filología, sino a aquellos a quienes Nietzsche está unido por «experiencias artísticas comunes y raras», los «consanguíneos *in artibus*»:² Wagner aparte, en aquel momento nadie podía aspirar a tal título. Esta obra concierne ante todo a los lectores capaces de efectuar un salto radical fuera de la esfera histórica, para alcanzar una verdadera *visión*, no sólo del fenómeno global de lo griego, sino, más aún, de un conocimiento de orden místico. *El nacimiento de la tragedia* es un libro imposible porque intenta decir algo que es indecible, expresar en términos exotéricos un contenido fundamentalmente esotéri-

¹ «Ensayo de autocrítica», § 3, en: NT.

² *Ibid.*

co cuyo planteamiento requiere una verdadera iniciación. La dificultad (y sin duda el fracaso) de esta obra inaugural para comunicar tal visión deriva sobre todo de la heterogeneidad de experiencias mediatizadas que Nietzsche vivió como un acontecimiento único e inmediato.

Se trata, en primer lugar, de revivir en espíritu el *problema* de la Grecia arcaica, un punto que el «Ensayo de autocrítica» subraya de manera resuelta. Como recuerda Giorgio Colli,¹ el término griego *problema*, antes de pasar a la dialéctica, designa el enigma pítico, el obstáculo establecido por Apolo en la palabra oracular. Es una conminación, un desafío a descifrar un conocimiento divino en el cual el hombre se juega razón y vida. Apolo es el dios que actúa a distancia, disparando sus flechas desde lejos. La flecha de Apolo—enigma o problema—franquea la distancia inconmensurable entre dioses y hombres, y transforma en *logos* potencialmente mortal un conocimiento de otro modo inaccesible, reservado a la esfera divina. Con los términos «uno originario» (la esfera dionisiaca) y «apariencia» (la esfera apolínea), *El nacimiento de la tragedia* designa no tanto una dualidad como un arco tendido en el interior mismo de la naturaleza, una prodigiosa tensión entre el ser y su expresión, una «potencia artística de la naturaleza entera».² El par Apolo-Dioniso encarna los dos extremos del trayecto de la flecha, la inefable inmediatez del mundo dionisiaco y el enigma que la revela, mediatizada por el *logos* apolíneo, y al cual debe enfrentarse el mundo de los hombres. Así pues, el hombre griego es el que supo resolver, de una manera única, el enigma de la distancia interna que escinde la esencia misma del mundo.

¹ Giorgio Colli, *Después de Nietzsche* [1974], trad. Carmen Artal, Barcelona, Anagrama, 1978, p. 33.

² NT, § I.